

En el consejo del sultan, que se celebró con este motivo, estuvieron discordes los pareceres; los que no querían que se perjudicara el comercio de la plaza estuvieron por la paz y el pago de las indemnizaciones; pero otros preferían la guerra por no ver humillado al sultan con la sumisión á exigencias tan exorbitantes, y este último partido prevaleció. El sultan encargó la dirección de las operaciones á su hijo, y este confiando en sus numerosas fuerzas, se lisonjeó de poder rechazar victoriosamente el ataque de los portugueses, aunque no podía contar con los comerciantes de la ciudad ni aun con las tropas javanasas.

Era natural que el almirante portugués, después de haber examinado cuidadosamente la situación y distribución de la ciudad, dirigiese su ataque al punto más importante y más peligroso, que era el puente que unía las dos partes en que la ciudad se dividía, porque siendo dueño del puente lo era también de la población. No ignoraba esto el hijo del sultan y mandó levantar defensas en ambos extremos del puente guarneciéndolas con numerosa artillería; pero Albuquerque no cambió de plan, siguiendo en esto el consejo de su amigo Araujo que durante su larga y forzada estancia en la ciudad había tenido ocasión de convencerse de la importancia capital de aquella posición. Al alba del día de Santiago, 25 de julio, se dirigieron los portugueses con sus embarcaciones en dos secciones contra la ciudad; Albuquerque desembarcó con su gente cerca del puente, y Juan de Lima con la suya un poco más al Este junto á una mezquita de piedra no muy lejos del palacio del sultan, con orden de dirigirse también contra el puente tan luego como hubiera tomado la mezquita. En ambos puntos se luchó con valor tenaz; los malayos pelearon con bizarría, tiraron flechas envenenadas y se sirvieron en el combate cuerpo á cuerpo del puñal indio llamado *cri*, formando secciones sueltas, cada una á las órdenes de un capitán; pero Albuquerque consiguió apoderarse del puente y sus soldados con sus lanzas arrojaron á los malayos á la otra mitad de la ciudad. Juan de Lima encontró mayores dificultades y se vio obligado para animar á la tropa á luchar en primera fila para embestir á los elefantes de guerra que á fuerza de lanzadas retrocedieron heridos llevando la confusión á las fuerzas indias. Conseguido esto dirigióse Lima al puente donde se unió con su jefe. De las azoteas de las casas próximas siguieron tirando los indios contra los portugueses; pero estos los desalojaron incendiando las casas. Albuquerque trató entonces de fortificar el puente para asegurar su posesión; pero su gente estaba renovando; de modo resistir los ataques que los malayos iban renovando; de modo que convencido de la imposibilidad de sostener aquel punto, ordenó la retirada á bordo de los buques. Allí reunió un consejo, en el cual opinaron algunos de sus capitanes que habiéndose castigado ya bastante al sultan, convenía aprovechar el viento favorable para regresar á la India anterior, pues que tampoco podía pensarse, aun tomando la plaza, establecerse en ella permanentemente á causa de su situación apartadísima. La mayoría sin embargo opinó por la continuación de las operaciones y en su consecuencia se procedió á hacer los preparativos necesarios.

El sultan Mahmud aprovechó este tiempo para levantar en todas partes nuevas fortificaciones guarneciéndolas con artillería, estableciendo minas en las calles y sembrándolas de hierros punzantes para detener y aniquilar al enemigo cuando invadiera la ciudad. En 10 de agosto emprendió Albuquerque el segundo ataque, y después de una valerosa defensa, apoderóse del puente y arrojó á los malayos hacia la mezquita de piedra, donde en presencia del sultan tuvo efecto la última lucha desesperada en que los malayos fueron derrotados. El barrio de los mercaderes se puso luego bajo

la protección del vencedor, principiando por los de Pegú, mientras seguía la lucha en la parte alta de la ciudad, situada más al Este, que defendieron los malayos paso á paso. A los mahometanos no se dió cuartel, porque habían sido los enemigos más encarnizados; y Albuquerque para recompensar á su tropa le permitió tres días de saqueo.

Entre los trofeos figuraron 3,000 cañones.

Inmediatamente emprendió Albuquerque la construcción de un castillo para el cual se emplearon las piedras de la mezquita que había quedado destruida en parte, y el resto del material se sacó de los antiguos sepulcros de los soberanos del país por estar más á mano. En el centro del castillo se elevó una torre de cinco pisos que se cubrió de planchas de plomo y recibió de Albuquerque el nombre de *Famosa*. También construyó una iglesia cuyo techo fué sacado de un sepulcro real. Para reanimar el comercio y la confianza en el nuevo gobierno nombró el vencedor funcionarios de puerto indígenas para las diferentes naciones, é hizo acuñar monedas de oro y plata en lugar de las de estaño que hasta entonces habían sido las únicas en uso. Las grandes monedas de oro de 10,000 reis (diez duros) recibieron el nombre de católicos, y las de plata de mil reis el de malaqueses. Con estas disposiciones acertadas levantóse pronto el comercio, y volvieron á acudir buques de otras naciones.

No se descuidó tampoco Albuquerque en entablar relaciones amistosas con los soberanos de los grandes Estados orientales del Asia, esperando con razón que sería correspondido, porque para ellos no había hecho más que sustituir á un usurpador mahometano que no había sabido granjearse la amistad de los príncipes vecinos. Envió pues mensajeros á todas las cortes. Duarte Fernandez que había sido prisionero con Ruy Araujo, y había aprendido el idioma malayo, se embarcó en un buque chino para Siam, siendo el primer portugués que pisó este país. Su misión consistía en participar al rey de Siam la conquista de Malaca y la seguridad de que los comerciantes de su país serían bien recibidos en aquel puerto, donde disfrutaban de la protección especial de los portugueses. Fernandez fué recibido con mucha benevolencia en la corte de Ayuthia, situada á orillas del río Menam al Norte de Bangkok. Ayuthia, según A. Bastian (*Historia de los Indochinos*, Leipzig 1866) era entonces no solamente la residencia suntuosa de los soberanos de Siam, sino también una ciudad de mucho comercio, visitada por buques de todas las naciones del Asia oriental y del Japon. Fué destruida la primera vez en 1555 por el rey de Pegú, y en 1767 segunda vez por el rey de Birmania, existiendo hoy solo ruinas cubiertas de malezas y zarzales. Posteriormente se construyó la nueva ciudad allí cerca, pero no fué ya residencia real.

La corte de Siam mandó enseñar á Duarte Fernandez todas las cosas notables de la ciudad, y entre otras maravillas un elefante blanco; y después le despidió haciéndole acompañar de un embajador del rey de Siam que llevaba como regalo para el rey don Manuel, además de las cartas del rey de Siam, una corona, una espada de oro y una preciosa sortija de rubíes.

En respuesta y con el mismo embajador se enviaron ricos presentes al rey de Siam. Antonio de Miranda de Azevedo y Duarte Coelho, que acompañaron al enviado siamés, tomaron el camino terrestre por Tenasserim á Siam. Otra embajada confiada á Ruy da Cunha fué destinada al Pegú, para celebrar también con el rey del país un tratado de amistad. Los príncipes malayos de Sumatra y Java se apresuraron igualmente á mostrar con regalos sus disposiciones amistosas. Solo se mantuvieron hostilidades con Aracan, cuya capital y puerto fueron atacados por Juan de Silveira, y con el rey de Achin en el Norte de Sumatra. Estos dos Estados continuaron sien-

do enemigos de los portugueses, y el segundo, cuyo territorio estaba inmediato á Malaca, auxilió más adelante á los emigrados mahometanos en sus repetidos ataques á la ciudad, y trató además de perjudicar el comercio de Malaca durante una larga serie de años.

Habiéndose mostrado los chinos amigos de los portugueses desde la primera visita de Sequeira á Malaca, trató también Albuquerque de entablar relaciones amistosas con la China; y aunque otras ocupaciones le impidieron hacerlo en los primeros años, se sabe de cierto que buques mercantes portugueses visitaron los puertos chinos ya en el año 1515, obteniendo permiso de vender sus géneros, aunque no el de bajar á tierra.

La impresión que produjo en Europa la conquista de Malaca fué extraordinaria, y la aumentó todavía la embajada ostentísima que el rey don Manuel envió en 1513 al papa Leon X. El embajador fué Tristan de Acuña que con un séquito numeroso y brillante llevó al papa de regalo ornamentos y vasos de iglesia de oro de gran peso y adornados de piedras preciosas (1). Llevó además y enseñó al pueblo en su pomposa entrada en Roma el 12 de marzo de 1514 como muestra de la fauna gigantesca de la India un hermoso elefante, animal que no se había visto en Italia desde el tiempo de los antiguos romanos, y un leopardo adiestrado para la caza sentado sobre el lomo de un corcel persa ricamente enjaezado, regalos estos dos últimos del rey de Ormuz. Un heraldo con las armas portuguesas precedió á la comitiva destinada á figurar el homenaje del Oriente al jefe y cabeza visible de la cristiandad. La multitud que había acudido para ver el espectáculo era tan grande, que la procesión apenas pudo pasar por las calles.

Cuando hubo llegado al castillo de San Angelo, saludaron todos los cañones á la embajada y el papa se presentó en un balcón para ver la procesión. Entonces se hizo poner al elefante por tres veces seguidas de rodillas con inmenso asombro de la multitud (2). Al día siguiente presentó el embajador los regalos en audiencia solemne y en presencia del embajador portugués ordinario Diego Pacheco, que pronunció un discurso brillante ensalzando los hechos de armas de los portugueses en la India, y entregó luego al papa una carta del rey don Manuel, en la cual este celebraba también las victorias de Albuquerque. Esta carta empezaba, según una traducción alemana del año 1534, en los términos siguientes:

«La mucha alegría que sentimos y compartimos con Dios, nuestro Señor, y con vos, Santísimo Padre, se explica por la noticia que nos ha traído nuestra escuadra de Indias; y como sucesos tan maravillosos se han realizado bajo vuestro pontificado, para honra y gloria del Todopoderoso, toca también á Vuestra Santidad con justicia la honra y gloria consiguien-

(1) No hubo la embajada que el autor y otros escritores suponen. La participación al Papa se hizo por medio de una carta del rey D. Manuel, que entregó su ministro en Roma, Juan de Faria. Lo que ha dado lugar al error que rectificamos es que algún tiempo después D. Manuel dió á Tristan de Acuña, Diego Pacheco y Juan de Faria poderes para representar á Portugal en el concilio lateranense. La carta del rey don Manuel al Papa, participándole las conquistas de la India, lleva la fecha de 6 de junio de 1513; y á ella respondió Leon X con el breve *Significavit nobis* de 5 de setiembre del mismo año.

El poder dado á Tristan de Acuña, Pacheco y Faria «mandando-os como oradores ao Papa Leão X para o representarem no Concilio Lateranense que o Pontífice queria continuar,» es de fecha 21 de octubre. (*Visconde de Santarem, Quadro elementar das relações politicas e diplomaticas de Portugal, págs. 184 á 187.*)

Por lo demás, los enviados portugueses al concilio, dice un erudito compatriota suyo, no fueron con las manos vacías á besar los pies del Padre Santo. (N. del T.)

(2) Véase OSORIO, *De rebus Emmanuelis*. Colonia, 1586, pág. 264 b.

tes. Por esta razón es justo que os demos cuenta sumaria de todos los hechos que en la India, con la ayuda de Dios y de nuestras armas, se han llevado á cabo y que son una gloria para Vuestra Santidad como cabeza de toda la cristiandad y regla de la religión cristiana, por lo cual damos gracias á Dios y esperamos que la gloria del Pontificado juntamente con la fe y las doctrinas cristianas se aumentarán diariamente.»

Se ve pues que las victorias de los portugueses en la India fueron consideradas en Europa como victorias de la fe cristiana, y las expediciones como una especie de cruzadas; solo que el teatro de ellas era el extremo Oriente, ó como dice el citado traductor alemán: «En el Quersoneso de Oro.» De ahí que los méritos de Albuquerque fueran ensalzados en todas las naciones cristianas, y que estuviera entonces el capitán general de la India en el colmo de su gloria. Su nombre era en Asia y Africa el terror de las naciones, y en Europa objeto de inmensa admiración.

A fines del año 1511 destacó Albuquerque tres buques desde Malaca para explorar las Molucas, las islas de las especias, objeto final de los portugueses. El mando de esta pequeña escuadra fué confiado á Antonio de Abreu, que se había distinguido muchísimo en el segundo ataque de Malaca, en el cual recibió en la mejilla un balazo que le llevó algunos dientes y una parte de la lengua. Esto sin embargo no le había impedido, una vez vendada la herida, volver á la pelea. Después veremos, al tratar de los sucesos que ocurrieron en las Molucas, el resultado de esta primera exploración.

Albuquerque arregló el gobierno de Malaca; nombró á Ruy de Araujo alcalde mayor y factor (el primer cargo incluía las funciones de juez), y á Ruy de Brito comandante de la fortaleza que tenía una guarnición de 300 hombres; y repartió igual número de soldados entre los diez buques que puso á las órdenes de Fernando Perez de Andrade. Estos buques se quedaron allí de estación marítima, porque eran necesarias fuerzas de toda clase para defender á Malaca contra ataques por mar y tierra, que eran tanto más de esperar, cuanto que no estaba aniquilado Mahmud. En efecto, el soberano expulsado se había retirado á Bintang, al Sudeste de Singapur, residencia antigua de los sultanes, mientras su hijo Aledin ocupaba á Chohor, dominando de consiguiente desde estos dos puntos la ruta marítima á las islas de las especias y á la China, y pudiendo inquietar continuamente á las expediciones portuguesas y hasta á Malaca.

En enero de 1512 regresó Albuquerque con tres buques á la India, llevándose unos 60 carpinteros javaneses para emplearlos en la construcción de nuevas embarcaciones; pero al pasar por la costa peligrosa de Sumatra encalló y se perdió su buque principal *Flor de la Mar* con todo el botín, los trofeos, y manuscritos del capitán general, salvándose solo la tripulación que fué recogida por el buque que iba detrás. Los carpinteros javaneses aprovecharon la ocasión para amotinarse y apoderarse del buque, con el cual huyeron á la costa de Sumatra y desembarcaron. Albuquerque llegó al puerto de Cochín en los primeros días de febrero.

Entre tanto los enemigos de los portugueses habían aprovechado la ausencia del capitán general para sitiar á Goa, poniendo en grandísimos apuros á la pequeña guarnición de 450 portugueses y 1,250 soldados auxiliares indígenas que la defendía, los cuales con el constante servicio y los continuos ataques y encuentros estaban exhaustos de fatiga. Habían perdido dos de sus mejores capitanes y tenido que dar el mando á Diego Mendez de Vasconcellos, sacándole de la prisión en que hasta entonces había estado encerrado.

Los enemigos habían construido en Benestarin, en frente de la ciudad, un castillo, desde el cual amenazaban desalojar

á los portugueses. Por fortuna en el verano de 1512 llegaron uno tras otro varios buques con tropa y víveres, y en agosto hasta una escuadra de 13 buques con 1,800 hombres de tropa que reanimó el valor decaído de la guarnición y la puso en estado de tomar con estos refuerzos la ofensiva. Esto permitió á Albuquerque retardar su llegada para despachar antes á Europa la flota mercante, llegando á Goa con 15 navas el 16 de setiembre.

Su llegada cambió la situación por completo; los papeles se trocaron; los que habían estado tan apurados, seguros ya de la victoria, pusieron á su vez en gran aprieto á sus enemigos. Tomaron á Benestarin, donde encontraron un número de desertores portugueses á los cuales Albuquerque había prometido respetar la vida, pero les castigó haciéndoles cortar las orejas, la nariz, la mano derecha y el pulgar de la izquierda, y enviándolos así mutilados á Portugal para escarmiento de los demás. La victoria obtenida con tanta facilidad se debió también en gran parte á los celos que desunían á los príncipes del Decan, los cuales nunca supieron atacar con sus fuerzas unidas á los europeos, cuya amistad buscaban todos en secreto. Por otra parte el emperador de Calcuta tuvo que ceder á consecuencia del bloqueo que la escuadra portuguesa estableció contra aquel puerto cruzando por toda la costa, bloqueo que resultó un gran beneficio para Goa que floreció á proporción de lo que perdió Calcuta. Albuquerque además había tenido cuidado de que todos los caballos enviados desde Persia fuesen desembarcados exclusivamente en Goa, disposición tanto más importante, cuanto que en aquel tiempo se hacían las guerras interiores de la India principalmente con caballería que decidía las victorias; por manera que los príncipes indios tenían que estar en buenas relaciones con los portugueses para poder disponer de caballos en las guerras con sus vecinos indios. El capitán general aumentó las fortificaciones de Benestarin, cuya plaza juntamente con Goa fué cedida solemnemente á Portugal cuando después se hizo la paz.

En la corte de Lisboa no se comprendía entonces la importancia de Goa, quizás por relaciones falsas y malévolas que hicieron correr los adversarios de Albuquerque, á juzgar por una carta del rey don Manuel, en la cual recomendaba al capitán general de la India que reflexionara seriamente si tenía cuenta conservar á Goa, por ser una localidad malsana y cuya conservación causaba inútilmente gastos, cuando era todo lo contrario, y el mismo Osorio en su obra alaba el clima benigno y el país ameno. Decía además el rey don Manuel en la misma carta que la conservación de Goa era causa de no interrumpidas guerras con los soberanos inmediatos, y que era muy dudoso que se pudieran cobrar nunca en tierra firme los impuestos que Albuquerque le había dicho habían de ser considerables. Albuquerque sin embargo consideró la ocupación de Goa tan importante, que contestó al rey que su conquista había hecho mas efecto en la India y había fortificado su poder mas que todas las escuadras que desde 15 años á aquella parte se habían mandado allí; porque había destruido la alianza entre los príncipes enemigos, y sin un apoyo sólido en tierra india no podía tener duración el poder de Portugal en aquella region, ni podía compararse siquiera la importancia de todas las demás ciudadelas en Cochín, Cananor y otras localidades con la posesión de Goa. Añadió que los consejeros del rey no juzgaban bien las cosas de la India; que él ya sabía que tenía enemigos en Portugal y suplicaba al rey no les diese oídos, porque renunciando á Goa tocaría muy pronto á su término el poder portugués en la India; y finalmente que merecía mas gratitud del rey por defender á Goa contra los enemigos portugueses, que por haber conquistado dos veces aquella plaza.

Al hablar de esto hace Osorio en su obra la siguiente comparación entre la política de Almeida y la de Albuquerque:

El objeto de ambos generales era la gloria y renombre de su rey y de las armas portuguesas, así como la propagación del cristianismo en la India; mas para lograrlo procedieron ambos de diferente manera. Almeida quiso contentarse con un punto de apoyo en tierra firme y dominar desde él, con escuadras siempre unidas, el mar. No quería dividir sus tropas en guarniciones aisladas que podían ser vencidas fácilmente por grandes fuerzas enemigas. En cambio Albuquerque deseaba enseñorearse ante todo de la tierra firme, convencido de que entonces dominaría también el mar. Su mirada penetraba mas allá de lo presente; no le bastaba enviar cada año preciosos cargamentos de especias á su país, sino que quería asegurar este comercio para el porvenir; para lo cual era imprescindible ocupar una posición imponente en tierra firme y tener el dominio completo de los puertos mercantes mas notables. Una escuadra grande, decía, puede hundirse en el mar en una tempestad y es mas segura una posición fuerte en tierra; pero una posición en tierra, por fuerte que sea, solo ofrece seguridad si puede ser auxiliada por diferentes lados, y semejantes puntos de apoyo, no disminuyen sino mas bien robustecen el poder marítimo.

Los sucesos posteriores demostraron que Albuquerque tuvo razón respecto de Goa; porque cuando el sultán Soliman de Egipto atacó el puerto de Diu, una escuadra que llegó de Goa le obligó á retirarse, y lo mismo sucedió cuando el soberano de Cambaya volvió á amenazar la misma ciudad con el auxilio de Turquía; porque el comandante de Goa, Juan Castre, podía oponerse á sus contrarios tanto mas fácilmente cuanto que le era dado sacar á cada momento nuevas tropas de entre la población; y bien provisto de toda clase de material de guerra, podía construir y armar en las maestranzas de su ciudad nuevos buques.

El éxito de la lucha habría sido dudosa y cuando menos se habría retardado mucho el éxito si se hubiesen tenido que aguardar refuerzos de la madre patria. Cabalmente para evitar esto había sabido Albuquerque transformar á Goa en una ciudad portuguesa, en que se iba creando una población mixta por los casamientos que se hacían entre los soldados portugueses y las jóvenes indias.

Barros también reconoció la gran importancia de Goa, diciendo al hablar de los sucesos de Diu que aquel año había sido uno de los mas felices para Portugal, porque además de las ricas flotas cargadas de especias y de las noticias de las conquistas de Goa y de Malaca, llegaron á Lisboa también embajadores de Siam, del Pegú y hasta del rey de Abisinia, el supuesto Preste Juan.

Con el tiempo se resignó también el Samorin á permitir la construcción de una ciudadela portuguesa en Calcuta, y muchos otros soberanos malabares, como los de Cambaya, Narsinga, etc., expresaron su deseo de hacer paz y amistad con los portugueses.

Así quedó establecido sólidamente el Portugal en la India, cuyos príncipes reconocieron, aunque de mala gana, la soberanía de esta potencia; pero el sultán de Egipto no cesó de excitarlos continuamente á levantarse contra los invasores auxiliándolos con buques y tropas, porque perdiendo sus mejores ingresos con la expulsión completa de los buques mercantes árabes de las plazas de la India, tenía el mayor interés en arrojar de allí á los odiados cristianos con el auxilio de los príncipes indígenas aliados. Por esta razón instaba el rey don Manuel con razón al capitán general para que emprendiese una expedición al mar Rojo á fin de cerrar si era posible aquella ruta mas importante del comercio árabe con la India. Movido de estas instancias Albuquerque pre-

paró á principios del año 1513 la expedición, y casi parece una excusa y una salvada para declararse irresponsable de las consecuencias, la comunicación que pasó á sus capitanes diciéndoles que el rey le había mandado repetidas veces emprender aquella expedición y que en su última carta le había ordenado terminantemente ponerse desde luego en camino.

Salió pues para el mar Rojo en 18 de febrero de 1513 con veinte buques, 1,700 soldados portugueses y 800 soldados indios. En el puerto de Soco en la isla de Socotora, cuya ciudadela había sido abandonada por los portugueses un año antes, hizo provisión de agua dulce. Desde allí tuvo que navegar con suma prudencia, por carecer de práctica en aquellas aguas, donde desde la antigüedad no se había visto ningún buque europeo. Albuquerque, el primero que penetraba en aquel mar interior que separa dos continentes, tuvo la suerte de encontrar un buque que venía de Chaul, á cuyo práctico obligó á conducir la escuadra. Su primer objeto era apoderarse de Aden, que entonces como hoy era la llave del mar Rojo.

La ciudad florecía, porque á causa del bloqueo portugués del mar Indico, se había hecho Aden el gran depósito donde los buques malabares llevaban por una parte los productos de la India, y donde por otra se proveían los comerciantes árabes. La ciudad de Aden está situada en una península, antiguamente isla volcánica, que poco á poco se ha unido á la tierra firme; y ocupa el mismo cráter de un volcan apagado, cuyas crestas desnudas forman un semicírculo al rededor de la ciudad. Por esta razón no tenía agua potable y por un acueducto la recibía desde lejos: hoy suplen esta falta grandes cisternas. Esta posición tan fuerte por la naturaleza, lo era todavía mas por sus murallas y torres. Gobernaba á la sazón allí el emir Ibn-abd-el-vahab, al cual intimó Albuquerque la rendición, que fué rechazada. El jefe portugués inmediatamente hizo saltar en tierra 1,400 portugueses y 400 indios provistos de escalas y demás necesario para proceder al asalto inmediato, los cuales llenos de ambición y ardiendo en deseos de distinguirse, se agolparon á las escaleras de mano, de suerte que algunas no pudiendo sostener el peso de mas de 20 soldados que querían subir á la vez y ser los primeros, se rompieron. Pronto estuvieron sobre la muralla 40 portugueses, y al mismo tiempo García de Sousa se hizo dueño de una puerta de la muralla; pero en ardua pelea con la multitud de árabes que le acosaba no quiso bajar de la muralla cogido de una cuerda para salvarse y prefirió arrojarle hacia dentro en medio de los árabes para morir luchando, y dar así tiempo á sus compañeros de retirarse.

Albuquerque se convenció de que no tenía suficientes fuerzas para llevar á cabo su plan, y retiró su gente después de cuatro horas de lucha, sin por esto renunciar á volver después á la misma empresa. Entre tanto prefirió ocupar algunas islas importantes del mar Rojo; pero esto exigió una precaución verdaderamente angustiosa por no ser práctico en aquellas aguas, y porque arrecifes de coral y bajíos amenazaban en todas partes destruir la escuadra. No pudiendo fiarse de los prácticos indígenas á quienes había embarcado á la fuerza, tuvo que estar continuamente con la sonda en la mano para tantear la profundidad del mar y encontrar el rumbo, teniendo que echar anclas tan luego como oscurecía. De esta manera llegó á la isla de Camaran, llana, pero peñascosa, situada á la inmediación de la costa de Arabia y cerca de la ciudad de Lohaya (á los 15° 51' de latitud Norte y 42° 32' de longitud Este del meridiano de Greenwich). No obstante que los puntos mas altos de esta isla solo se elevan 16 metros sobre el nivel del mar, abundan en ella los pozos de agua dulce, y poseyendo un buen puerto en el lado

oriental, era visitada desde mucho tiempo por los navegantes costaneros que además del buen fondeadero y del agua potable, encontraban allí dátiles y otras frutas. Los europeos tuvieron también pronto noticia de ella y la han sabido apreciar en lo que vale, y Carsten Niebuhr en su descripción de la Arabia, publicada en Copenhague en el año 1772, dijo:

Todos los europeos mencionan en sus relaciones esta isla del golfo Árabe. Por su situación importante se la ha apropiado la Gran Bretaña que desde la isla de Perim domina la salida del mar Rojo; y el haber conocido desde el primer momento la importancia de esta isla tan abundante en buenas aguas, demuestra la perspicacia de Albuquerque. No estaba el jefe portugués destinado á llegar mucho mas lejos; porque sus repetidas tentativas de ir mas al Norte salieron frustradas por los temporales; de suerte que tuvo que permanecer largo tiempo en la isla para esperar las monzones favorables al regreso á la India, durante cuyo tiempo aquel clima cálido tan temido le causó muchas bajas. Hasta el 15 de julio no llegó á la vista de Aden á la cual no amenazó esta vez, sino que pasó adelante, llegando el 4 de agosto al puerto de Diu, donde el gobernador Melec Eias se mostró tan condescendiente que permitió el establecimiento de una factoría en aquel puerto. El emperador de Calcuta siguió su ejemplo, y entonces levantaron los portugueses el bloqueo de las costas de la India; dieron pasaportes á los buques mercantes mahometanos, y el comercio volvió á florecer. Al año siguiente fué enviado el sobrino del capitán general Pedro de Albuquerque con una escuadra á Ormuz para cobrar el tributo anual; y Jorge de Albuquerque fué con tropas frescas á Malaca, para encargarse de la defensa de esta plaza, tan codiciada y disputada.

Arreglado esto, pudo dedicarse Alfonso de Albuquerque á los asuntos propios de la India. Aumentó las fortificaciones de las ciudadelas en las plazas marítimas; despachó las flotas mercantes y preparó una nueva expedición contra Aden. En esto le llegó una carta del rey mandándole ir cuanto antes á Ormuz, órden que le agradó tanto mas cuanto que había sabido entre tanto que el sultán de Egipto había renunciado á sus armamentos y que de consiguiente nada había que temer por este lado en el mar Rojo. Partió pues desde Goa en 21 de febrero de 1515 con 27 buques, á saber: 14 grandes de alto bordo, 7 carabelas y 6 galeras, con 1,500 soldados portugueses y 700 indios canareses y malabares. Esta fué su última expedición. En Ormuz reinaba en nombre de su tío anciano y débil un persa ambicioso llamado Rais Ahmed, del cual habían sabido los portugueses que alimentaba el plan de ponerse bajo la protección del shah de Persia, reconociendo su soberanía para librarse del tributo molesto impuesto por los portugueses. La llegada oportuna de Albuquerque en 26 de marzo le impidió realizar esta intención. El anciano príncipe se negó á entregar al capitán general portugués la ciudadela, pero esta cayó al tercer día; los portugueses entraron en ella sin efusión de sangre, porque se les abrió la puerta que daba al mar, y una vez dentro, cerraron la del lado de la ciudad, colocaron cañones en las murallas para no exponerse á una sorpresa y aumentaron las obras de defensa. Pedro de Albuquerque recibió el mando de la plaza y en seguida dedicóse el capitán general á inutilizar á Ahmed con su partido para restablecer la paz, á cuyo fin tuvo una entrevista con el anciano príncipe. Ahmed, en presencia de Albuquerque, se atrevió á querer impedir que su tío saludara personalmente al jefe portugués, á quien insultó confiando en su séquito, compuesto de 50 individuos situados delante de la casa con armas ocultas; pero el general portugués que estaba ya prevenido para todo dió órden á sus capitanes de matar al traidor. Los portugueses rechazaron el